

Novedad y tradición: el martirio de Rutilio Grande

José M. Tojeira
Director del Centro Pastoral de la UCA
San Salvador, El Salvador.

En el siglo III de nuestra era, san Cipriano, obispo de Cartago, insistía en que “por el Evangelio se hacen los mártires”¹. La vida del P. Rutilio Grande es una comprobación de esta afirmación, en esta época en la que el Evangelio ha vuelto a ser considerado peligroso en tantos países. La “guerra de los poderosos contra los débiles”², que caracteriza al mundo actual, se ceba también en todos aquellos que optan desde la fe por los sencillos, los humildes, los pobres y los excluidos de nuestra historia. El Jesús del Evangelio fue el centro de la actividad pastoral de Rutilio y los campesinos salvadoreños de las zonas de Aguilares y El Paisnal lo acogieron con entusiasmo. Muchos de ellos decidieron alfabetizarse para poder leer el Evangelio. E incluso el Nuevo Testamento fue adoptado como el texto que, en una alfabetización inspirada en Paulo Freire, ayudaría a descubrir tanto la propia dignidad como las capacidades y posibilidades del campesinado. Todo ello mientras El Salvador se debatía en una creciente confrontación entre sectores enriquecidos y multitudes en pobreza, que reclamaban sus derechos. Su muerte en 1977 fue el fruto de su trabajo en favor de la dignidad de los más pobres. Su actividad de pastor estaba plenamente enraizada en la Palabra de Dios y le empujaba a la defensa de los pobres, duramente perseguidos cuando reivindicaban una justicia social básica. Hacia finales de 2014, la arquidiócesis de San Salvador ha iniciado el proceso de beatificación como mártir de Rutilio Grande y sus dos compañeros campesinos.

-
1. S. Cipriano, Carta XXII, *Patrología Latina* 4, p. 286.
 2. Juan Pablo II, *Pastores gregis*, n. 67.

1. Quién era Rutilio

Rutilio Grande nació en 1928, en El Paisnal, un pequeño municipio rural, localizado a 35 kilómetros de San Salvador, en el seno de una familia campesina. La muerte prematura de su madre, las ocupaciones de su padre, más dedicado a la política local, y el quedar al cuidado de su abuela marcaron una fuerte piedad tradicional, así como una timidez e inseguridad que, en ocasiones, llegó a causarle momentos de angustia y depresión. En plena adolescencia, le planteó al arzobispo, Monseñor Luis Chávez, durante la visita pastoral, su deseo de ser sacerdote. Este lo invitó a acompañarle en la continuación de su visita pastoral a otras poblaciones de El Salvador y lo envió posteriormente al Seminario San José de la Montaña, entonces dirigido por los padres jesuitas. De este acompañar al arzobispo guardaba Rutilio una vívida impresión. Verlo caminando entre la gente sencilla, con una enorme afabilidad y cercanía, con un lenguaje cercano y comprensible y con un gran cariño a los sacerdotes confirmó al joven candidato en su vocación. Desde esa época, nació una amistad entre ambos, que fue madurando y ahondándose con el pasar del tiempo. Tras unos años en el Seminario, Rutilio decide entrar en la Compañía de Jesús. Su noviciado transcurre en América Latina, así como parte de los estudios humanistas. Y regresa a su Seminario de San Salvador, donde colabora en la formación de los jóvenes seminaristas. Es enviado posteriormente a Oña, en España, donde estudia de un solo tirón los tres años de filosofía y los cuatro de teología. Siete años intensos y probablemente duros para un joven del trópico, en medio de la estepa castellana. Pero también un tiempo de afianzamiento en la fe y en la resistencia personal, así como de construcción de nuevas amistades. En su pastoral de fines de semana, se encargó, entre otras cosas, de acompañar a los “cruzados eucarísticos”, jóvenes de los que más tarde salieron algunas vocaciones al sacerdocio.

A lo largo de su formación, tuvo diferentes crisis, algunas de salud, otras a causa de su carácter. Hombre de sufrimientos, a veces profundos, salía siempre adelante, desde su confianza en el Señor. Sacudido por dudas y escrúpulos antes de su ordenación, el P. Marcelino Zalba, famoso canonista, le ayudará a recuperar la calma. Algunas de estas crisis se repetirán en medio de las dificultades de la evangelización y de las tensiones sociales y eclesiales que le tocó vivir. Ordenado en 1959, poco antes del inicio del Concilio Vaticano II, trata de ir abriendo una formación clásica a las nuevas exigencias eclesiales. Es así que asiste en Bruselas a los cursos de *Lumen Vitae* en 1963. Y regresa de nuevo a El Salvador, una vez más a trabajar en el Seminario, donde estará hasta 1970.

A partir de su retorno de Bélgica y como encargado de la pastoral de los seminaristas, se convierte en el hombre que renueva e impulsa, entre seminaristas y jóvenes sacerdotes, el dinamismo apostólico de una Iglesia que se vive a sí misma como pueblo de Dios. Es en ese sentido un divulgador del Vaticano II, no solo en la letra, sino multiplicando ese nuevo acercamiento a “los gozos

y las esperanzas, las tristezas y las angustias de los hombres” (GS 1) de aquel tiempo, en el que se cernían ya serios problemas sobre El Salvador. El principio pastoral de buscar siempre la mayor participación posible de la base de la Iglesia se convierte en una verdadera pasión para Rutilio. Pocos años antes de dejar su trabajo con los seminaristas se había encontrado con el futuro Monseñor Romero, nombrado Secretario de la Conferencia Episcopal de El Salvador, que pasó a vivir en el Seminario. Nació así una amistad profunda entre dos sacerdotes, en muchos aspectos coincidentes: ambos con una timidez que se volvía audacia al predicar el Evangelio, “parresia” al defender a los pobres, y cercanía humana radical con todos. Con frecuencia sus compañeros de comunidad lo veían pasear con el secretario Romero, a quien acompañaría luego como maestro de ceremonias, en su ordenación episcopal.

En el Instituto Lumen Vitae de Bruselas tiene la que él llamaba su primera conversión. La autocomprensión de la Iglesia como pueblo de Dios afecta hondamente a este hombre de piedad tradicional, de raíces campesinas, de lenguaje sencillo y que se sabe él mismo parte del pueblo y cercano a su gente. Pasar de una Iglesia vertical a una Iglesia cercana, de una “sociedad perfecta” a una Iglesia peregrina coincide con su sentido profundamente popular, de salvadoreño “café con leche”, como le gustaba describirse, y lo relanza en su capacidad pastoralista y de servicio, muy clara desde los inicios de su vocación. Desde ese momento, Rutilio es un convencido de la importancia de buscar siempre la mayor participación posible de la base. Clásico en él era, durante las vacaciones, llevar a los mayores del seminario a misionar en parroquias. Busca la relación de los seminaristas con la gente, la capacidad de acercarse, de escuchar a los pobres y sencillos, de hablar de Dios con el lenguaje y el cariño del pueblo. Una de estas misiones, con cincuenta seminaristas aproximadamente, la llevó a cabo precisamente en Ciudad Barrios, el pueblo natal de Mons. Romero. Si algo quedaba en él de una formación clásica que realzaba los aspectos más solemnes del sacerdocio, su apertura al concilio radicaliza su espíritu de servicio y su estilo cercano, amistoso y pastoral. Su dedicación al Seminario marcó también una crisis muy particular. Hacia 1970 y en una situación de relativa tensión entre la dirección jesuita del Seminario y el miedo de algunos obispos a la modernidad y a los cambios que el concilio impulsaba, se propone a la conferencia episcopal el nombramiento de Rutilio como rector del Seminario.

Unos meses antes, Rutilio había participado en la Primera Semana de Pastoral de Conjunto y había expresado su desacuerdo con algunos juicios críticos de la conferencia episcopal respecto a los resultados de la reunión. El 6 de agosto, fiesta del Salvador del Mundo, y por lo tanto, fiesta nacional, le fue encomendado el sermón de la misa solemne, en la que concelebraba la conferencia episcopal y a la que acudía el gobierno en pleno. En su homilía, inspirado en la *Populorum progressio* de Pablo VI, hizo una profunda crítica de la situación social

salvadoreña. Citaba la parte en la que el Papa insistía en que “los campesinos adquieren ellos también la conciencia de su miseria, no merecida. A esto se añade el escándalo de las disparidades hirientes, no solamente en el goce de los bienes, sino todavía más en el ejercicio del poder. Mientras que en algunas regiones una minoría goza de una civilización refinada, el resto de la población, pobre y dispersa, está privada de casi todas las posibilidades de iniciativa personal y responsabilidad, y aun muchas veces, viviendo en condiciones de vida y de trabajo indignas de la persona humana (n. 9). Rutilio exigía en su homilía una “transfiguración de El Salvador”, impulsada desde el Evangelio, interpretada desde la leyenda “Dios, Unión, Libertad”, inscrita en la bandera salvadoreña, que condujera al país por rutas de verdadera justicia social. En su homilía tuvo frases que en aquel entonces sonaban fuertes, como la de “Jesucristo es el revolucionario número uno de la historia. Cambió el rumbo de la historia. La transformó en historia de salvación”³. Y por supuesto, una salvación integral, que salvara “a todo hombre y a todo el hombre”.

Ese mismo año Rutilio tuvo un debate público, a través de *La Prensa Gráfica*, uno de los periódicos más importantes de El Salvador, con un miembro de una de las familias más poderosas del país, muy enmarcado dentro de un cristianismo tradicional y conservador. En ese contexto, algunos obispos pusieron el veto a su nombramiento como rector del Seminario Mayor. Y es entonces que Rutilio decide pedir una parroquia y tener una experiencia pastoral intensa. Hombre de profundo respeto a la jerarquía, el hecho de que desconfiaran de él y le negaran ser rector del Seminario, le hace pensar que la desconfianza se extiende a toda su labor en el Seminario, como encargado de pastoral, y prefiere dejar ese trabajo al que tantas energías había dedicado. Y simultáneamente, decide lanzarse a vivir esa misma vida de servicio pastoral y parroquial para la que había formado a tantos sacerdotes. Vivir y experimentar. Para ello, emprende esa segunda etapa de formación, más integrada en el mundo latinoamericano, que lo conducirá hacia la última etapa de su vida y hacia su sacrificio martirial.

Su segunda conversión, siempre según sus palabras, tiene su base en la reunión y documento de la Segunda Conferencia Episcopal Latinoamericana de Medellín (1968). En esa relectura de la realidad latinoamericana, realizada desde el Evangelio, desde el Concilio Vaticano II y desde el afán pastoral solidario y cercano con los pobres, encuentra Rutilio Grande una nueva inspiración. Los documentos de Medellín habían sido ya leídos e integrados en el pensamiento de Rutilio. Pero la aplicación pastoral de esta lectura latinoamericana todavía no había alcanzado la síntesis en su pensamiento. Viaja así a Quito a hacer los cursos de pastoral que entonces ofrecía el Instituto de Pastoral Latinoamericano

3. Citado en *Historia de una esperanza*, de Rodolfo Cardenal (San Salvador, 2002), p. 177, excelente y muy completa biografía de Rutilio Grande.

del CELAM (IPLA). Y posteriormente pasará un par de meses en Riobamba, Ecuador, en la diócesis de Mons. Leónidas Proaño. Viviendo en la casa de ese obispo cordial y sencillo, austero, hospitalario y cercano a la gente, conociendo la pastoral de esta diócesis, que unía evangelización, desarrollo humano y conciencia de la dignidad de los pueblos indígenas, van surgiendo en Rutilio nuevas ideas y planes pastorales. La inserción entre los marginados, de la que era un ejemplo el obispo Proaño, el acompañamiento que huye del protagonismo y deja crecer al pueblo cristiano, la opción preferencial por los pobres se convierten tras esta experiencia en un ansia y un deseo que le llevarán pronto a optar por una parroquia rural, ya de vuelta en tierra salvadoreña. Mons. Chávez le insiste en la parroquia de Aguilares, que no era del pleno gusto de Rutilio, por incluir entonces a su propio pueblo de El Paisnal. Pero la insistencia de Mons. Chávez, un obispo amigo y maestro al mismo tiempo, casi figura paterna para Rutilio, como para muchos otros sacerdotes salvadoreños, tiene mucho peso y allá va Rutilio, con tres compañeros más, a abrir brecha pastoral.

2. El evangelizador

Rutilio llega a Aguilares en un momento en el que se está profundizando una crisis nacional. Desde la década de 1950 hasta finales de la de 1960, durante prácticamente veinticinco años, El Salvador tuvo un crecimiento promedio en su PIB del 5 por ciento anual, muy dependiente de los precios internacionales del café. Sin embargo, mientras la economía crecía, la desigualdad y la injusticia social se tornaban más evidentes. Al mismo tiempo, durante esta época se iniciaron una serie de reformas que abrieron posibilidades de organización y reivindicación popular. El descontento y la crítica frente a un Estado cafetalero con demasiado peso oligárquico superaban las suaves reformas gubernamentales. La tendencia a la represión aumentaba frente a la protesta y la organización popular. El Estado salvadoreño comenzaba a conformar, entre otras instancias, la Organización Democrática Nacionalista, más conocida por sus siglas ORDEN, que se iba haciendo cada vez más temible por su denuncia y persecución de cualquier movimiento reivindicativo en el campo. La Policía de Hacienda y la Guardia Nacional, dos ramas de la policía militarizada, actuaban cada vez con mayor brutalidad. Los fraudes electorales tensionaban aún más la situación. Comenzaba a germinar la semilla de lo que serían los escuadrones de la muerte.

En ese ambiente, el P. Grande comienza a evangelizar. Frente a otros grupos que partían del descontento social para evangelizar, el nuevo párroco inicia sus misiones partiendo especialmente desde la religiosidad popular. Rutilio consideraba al campesinado, mayoritario en aquel tiempo, como la reserva humana y espiritual de El Salvador. Y así, a partir de la profunda vivencia religiosa de la población, del análisis de la situación en la que vivía, desde la promoción de los valores comunitarios y desde la lectura del Evangelio, Rutilio comienza sus

misiones. El esquema era semejante al de Mons. Proaño, en Riobamba. Se leía el Evangelio desde la propia fe de la gente y se contrastaba inmediatamente con la realidad religiosa, comunitaria y social. La fe popular, la vida y el Evangelio se convierten en la piedra clave de esa evangelización que, desde los valores populares, se eleva hacia el Cristo vivo y vivificador. Muchos campesinos, hombres y mujeres, comienzan procesos de alfabetización de adultos, organizados también desde la parroquia, con el deseo de poder leer personalmente el Nuevo Testamento. Y muchos jóvenes, de la propia parroquia y en ocasiones venidos de fuera, se comprometen como alfabetizadores, enseñando a leer y aprendiendo al mismo tiempo de la vida y esperanzas de estos campesinos con “hambre y sed de justicia”.

A las misiones seguía la celebración de la Palabra y la catequesis como actividades ordinarias de las comunidades. La celebración de la Palabra era insustituible e indispensable para que la comunidad continuara creciendo en conciencia y servicio. Ninguna reunión, por importante que fuera, podía sustituir esa meditación y diálogo comunitario sostenido en torno a la Palabra. La participación en la misma debía darse desde la multiplicidad de servicios y capacidades de cada uno: “Tan importantes son los músicos que nos cantan sus coplas con mensajes —unos mensajes de cambio, de valores nuevos— como importante el humilde campesino que trae las bancas y las coloca para la celebración, o la humilde campesina que aplaude las tortillas, en un aplauso a obras de la parroquia”⁴. La catequesis, cuidadosamente preparada por el propio Rutilio en la instrucción dada a los catequistas, era el otro pilar del cultivo de la fe y la formación cristiana.

En esta tarea pesa especialmente no solo la claridad pastoral de Rutilio, sino también su carácter. Era un hombre, hoy podemos decir con frase popularizada por el papa Francisco, con “olor a oveja”. Discípulo de Mons. Chávez, otro servidor cercano, sencillo y popular, este jesuita usa como instrumento apostólico su propio carácter, que aunque en ocasiones le haga sufrir internamente, es profundamente empático, simpático y de una agudeza permanente en el uso del lenguaje popular. En una ocasión, recuerda una rezadora tradicional de velorios, que Rutilio le preguntó amable y sonriendo si ella era una rezadora “cohetera”. Ella, desconcertada, le preguntó qué quería decir. Y Rutilio, siempre amistoso y sonriente, le contestó diciendo que si rezaba como los cohetes, siempre dirigiéndose hacia arriba y nunca en relación con los que estaban alrededor. Inquieta con la pregunta y captada, al mismo tiempo, por la simpatía y la cercanía de Rutilio, esta mujer fue después una activa promotora de la lectura del Evangelio y de la

4. *Ibid.*, p. 397. Aplaudir las tortillas de maíz hace referencia al modo de prepararlas palmeándolas. Rutilio juega con la palabra para decir que su colaboración preparando comida para actividades parroquiales es un aplauso a las obras de la parroquia.

incorporación de la vida de Jesús a la vida personal. El mismo trabajo hacía con los adoradores del Santísimo Sacramento, cofradía de hombres muy numerosa, a los que siempre acompañaba en sus horas santas y a los que simultáneamente animaba a unir esa profunda fe campesina con la vida y las responsabilidades ciudadanas. Hombres mayores generalmente y muy piadosos, pasaron a ser evangelizadores, a pesar de la edad. Frente a otros sacerdotes que veían en este grupo una religiosidad demasiado tradicional, Rutilio los defendía y acompañaba fielmente todos los meses. Sabía aprovechar la riqueza de su gente, evangelizarla, sin romper tradiciones, costumbres y formas auténticas de piedad a las cuales solo había que añadir más contenido evangelizador y misionero.

Su paso por *Lumen Vitae* dejó huella en su preocupación por la catequesis. Su sentido popular y su valoración de la familia, en cuyo seno él había sufrido un importante déficit, le hacía potenciar todo símbolo de ejemplaridad para los niños. En las misiones campesinas que organizaba en las aldeas, pedía que los padres llegaran acompañados de sus niños. La idea era que estos vieran que sus padres se reunían para hablar del Evangelio, para estudiarlo y para vivirlo en la realidad. Y así, antes de comenzar las reuniones, entretenía a los niños con cantos, preguntas y preparación para los sacramentos, especialmente para la eucaristía. Cuidaba enormemente la preparación de los catequistas y trataba de involucrar en esa tarea a cada uno, según su condición. En algunas de sus notas escritas a mano se resalta, entre otras cosas, la importancia de las madres en la catequesis inicial de los niños. Le parecía fundamental preparar a las mujeres para que en la casa fueran las primeras que inculcaran en sus hijos la fe en Jesucristo, los valores del Evangelio y el conocimiento de las primeras oraciones y bases de la fe cristiana.

Conocedor de la doctrina social de la Iglesia, Rutilio llevaba siempre consigo, además del Evangelio, la propia Constitución Política del país. Guardaba con especial cuidado el ejemplar que le había regalado el presidente Fidel Sánchez, después de su famoso sermón del 6 de agosto, que ya hemos mencionado. Los principios y derechos allí articulados le llevaban a insistir en la dignidad humana, la justicia social, los derechos básicos de la ciudadanía. Era su manera concreta de ejercer la pastoral social: unir Evangelio, doctrina social y Constitución salvadoreña. Relanzaba desde la fe al ejercicio de la ciudadanía y a la recuperación de la propia dignidad de los hijos de Dios. Desde esa combinación del Evangelio vivo, personificado en Jesús, y de la realidad, vista desde el ideal constitucional y la doctrina social, preparaba la homilía, a la cual daba una gran importancia. Muy ordenado, le dedicaba tiempo a su elaboración, y escribía con frecuencia esquemas, que seguía posteriormente al hablar. Lo mismo hacía al preparar cuidadosamente sus charlas a los catequistas. Sus compañeros de comunidad recuerdan un estilo homilético parecido al de Mons. Romero, tanto en el tono como en la inspiración y en la “parresia”. Pero Rutilio era más popular en los

giros y en el uso abundante del vocabulario campesino, desde el “conqué” (la comida que acompañaba a la básica tortilla de maíz) hasta la “cuma” (machete curvo indispensable en las tareas campesinas de aquel entonces).

Su sentido de la fiesta como anticipo del reino de Dios y su banquete fue otro de los grandes instrumentos de evangelización. La fiesta como lugar de fraternidad, de participación, donde a nadie le falta el “conqué”, con una mesa surtida y abundante sobre el blanco mantel, es lugar de descanso en la lucha y punto de partida para la misión. Al lado de las fiestas patronales, del Corpus, el Sagrado Corazón, san José, primeras comuniones, etc., Rutilio relanzó la fiesta del maíz como festividad de la hermandad. En la tradición maya, dominante en buena parte de Centroamérica, los indígenas se consideraban hechos de maíz. Es y era habitual, en época de cosecha, en torno al mes de agosto, organizar fiestas del maíz, en las cuales se comparte el maíz preparado de diversas maneras. Rutilio retomó esta tradición y la convirtió en una expresión identitaria de hermandad, de autoafirmación y de recuperación de la dignidad campesina. La fiesta del maíz se celebraba en torno al día de la Asunción, teniendo a María y a su canto del Magníficat como expresión básica del compartir y del amor de Dios a los humildes, los pobres y los sencillos. Y a partir de esas mismas ideas, en las comunidades se elegía a la reina del maíz como servidora, como persona solidaria, que compartía su trabajo y su calidad, en los atoles, los tamales, las tortillas, las riguas y demás platos derivados del maíz, preparados para la fiesta. Mujeres servidoras, como María, para una fiesta del maíz, que simbolizaba la vida y el propio sustrato de la vida, que nos hermana, y del que todos y todas estamos hechos. Treinta años antes de que los documentos de Aparecida invitaran a los latinoamericanos a “aprovechar todavía más el rico potencial de santidad y de justicia social que encierra la mística popular”⁵, Rutilio era ya un aventajado pastoralista en este campo.

3. Rutilio mártir

El rápido crecimiento de la conciencia campesina, el compromiso político en favor de la justicia, la permanente injusticia social, la tensión generada por un gobierno militar cada vez más represivo y fraudulento, el surgimiento de una incipiente guerrilla, el secuestro y posterior asesinato de dos miembros de acaudaladas familias salvadoreñas oscurecían aún más el clima de convivencia social. Rutilio se preocupaba por la situación. Sus compañeros jesuitas dicen que en esos últimos años, repetía con frecuencia la frase “hay que prepararse para lo que venga”. Le disgustaba la politización rápida y que algunos de los líderes eclesiales más entregados, dejando el trabajo eclesial, se incorporaran a la

5. Documento conclusivo de la V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y del Caribe, n. 262.

política. De nuevo, informa uno de sus compañeros⁶ que, ante la fuga de algunos de sus líderes hacia las organizaciones populares, solía quejarse diciendo: “han sido elegidos por la comunidad y para la comunidad”. Aunque no se oponía a la responsabilidad política, le disgustaba lo que en el fondo le parecía un aprovechamiento del trabajo eclesial, en beneficio de otras instituciones. Le desazonaba el hecho de que algunos jesuitas jóvenes, que colaboraban con la pastoral y que después salieron de la Compañía de Jesús para incorporarse a la guerrilla, fueran parte de ese apresurar a los campesinos en el salto a la opción política. El Salvador estaba hirviendo y las dificultades se multiplicaban. En este contexto fue asesinado un terrateniente de la zona, y no faltó gente que culpara a la pastoral de Aguilares. Desde entonces se piensa que la sentencia de muerte estaba ya decidida. Si comparamos la homilía del 6 de agosto de 1970, en la fiesta del Divino Salvador del Mundo, patrón del país, con la homilía del 13 de febrero de 1977, donde denuncia la expulsión del territorio del P. Mario Bernal, párroco de la ciudad de Apopa, vecina de Aguilares, advertiremos el recorrido de un Rutilio más retórico, preocupado por las injusticias y la falta de avances, a un Rutilio que expresa proféticamente su solidaridad con su pueblo, en una situación muy tensa. Pero en ambas homilías está presente la fuerza del que ama, del que quiere entregarse al bien de su pueblo, del que prevé la persecución primero y se entrega conscientemente a ella después, defendiendo a los más pobres. Es ya esta última homilía la que presagia su muerte, al decir que si Jesús entrara por la frontera de Chalatenango, no llegaría a Apopa: “Se lo llevarían a muchas Juntas Supremas por inconstitucional y subversivo”⁷.

En este ambiente de tensión e inseguridad, Rutilio decide sustituir a uno de sus compañeros, en sus salidas pastorales del 12 de marzo. Sale en su vehículo por la carretera hacia El Paisnal y lleva consigo a cuatro adolescentes y a un catequista de 62 años. Su vehículo es ametrallado poco después de salir de Aguilares. Se salvan tres de los niños y mueren él, Manuel, el catequista, y el niño de trece años Nelson Rutilio. Los sobrevivientes identificaron a algunos de los asesinos. Pero el sistema judicial, que Mons. Romero llamará corrupto posteriormente, deja el triple crimen en la impunidad. Y como en la antigua Roma, comienza el esfuerzo de unos por recordar y el de otros por eliminar cualquier indicio de memoria. La carta de las Iglesias de Lyon y Vienne, narrando cómo los oficiales del imperio romano destruían incluso los cuerpos de los mártires para impedir su memoria, recuerda la destrucción de las cruces que señalaban el lugar de la muerte de Rutilio y sus dos acompañantes. Eran arrancadas con tractores y vueltas a poner a la orilla de la carretera por quienes querían, desde la resistencia

6. El que menciona estas frases es el P. Salvador Carranza, compañero de Rutilio en Aguilares durante cinco años.

7. S. Carranza, M. Cavada Díez y J. Sobrino, *XXV Aniversario de Rutilio Grande. Sus homilías*, p. 82 (San Salvador, 2007).

de una fe viva, conservar su memoria. Enterrados los tres mártires en la Iglesia de El Paisnal, las tres cruces están al fin seguras, después de varios derribos.

Este pulso en torno a los símbolos del recuerdo y la memoria señala la incompreensión, incluso entre algunos católicos, de un nuevo modelo de santidad, íntimamente unido al seguimiento de Jesús de Nazaret, el Cristo. Los modelos clásicos de santidad se apoyaban generalmente o bien en el odio directo a la fe, o bien en la heroicidad de virtudes como la caridad, el espíritu de oración, el sacrificio penitente, la humildad o el servicio a pobres y afligidos. En América Latina en general, y en Rutilio o en Mons. Romero en particular, han venido surgiendo nuevas formas y modelos de santidad, a partir del Concilio Vaticano II, y de las relecturas del mismo realizadas por la Conferencia Episcopal Latinoamericana (CELAM), en Medellín (1968) y Puebla (1979). Se trata de personas que vivieron heroicamente el mensaje evangélico de la solidaridad con los pobres y los afligidos. Que confiaron más en la fuerza de la Palabra y en la fe de los sencillos que en cualquier otra. Que se esforzaron llamando a la conversión y simultáneamente a la transformación de las estructuras sociales. Que supieron unir la voz profética del que es voz de los sin voz, con una apertura generosa a la escucha y el diálogo con todos los que desearan hablar desde el corazón de lo humano. No excluyeron la relación con Dios, pero multiplicaron el amor al prójimo con el compromiso de transformar actitudes, costumbres y estructuras que marginan, oprimen o rebajan la dignidad humana. Gente con causa evangélica, que nos hace recordar la tan citada frase de san Agustín: “A los mártires verdaderos no los hace el castigo, sino la causa”⁸.

La incompreensión de este modelo de santidad, con frecuencia acusado de “político”, ha estado en el origen de lentitudes y resistencias en el proceso de beatificación de Mons. Romero. Pero se ha superado tanto por la fortaleza interna de su contenido evangélico como por su coherencia con la doctrina social de la Iglesia. Es un modelo de santidad, además, imprescindible para una Iglesia que desea tener incidencia en la sociedad, desde la ejemplaridad de las personas y desde formas de servicio generoso y abierto a los pobres, los débiles y las víctimas de la historia. Si creemos con Juan Pablo II que “la guerra de los poderosos contra los débiles ha abierto profundas divisiones entre ricos y pobres”⁹ y queremos construir la paz; o si pronunciamos con el papa Francisco un rotundo “no a una economía de la exclusión y la inequidad”, porque “esa economía mata”¹⁰, no es difícil que tengamos problemas. Si además nos solidarizamos activamente con quienes son perseguidos por defender sus derechos dentro de esa economía que divide, le hace guerra a los débiles y mata, no es raro que sigamos

8. Agustín de Hipona, Epístola 89, 2.

9. *Pastores gregis*, n. 67.

10. *Evangelii gaudium*, n. 53.

el camino de los pobres. Camino que es a la vez la ruta del Señor, que “siendo rico, por nosotros se hizo pobre” (2 Cor 8,9) y asumió la suerte de los pobres cuando anuncia justicia y salvación.

En un mundo dividido, la significatividad no viene, la mayoría de las veces, de arriba, sino de los que sufren. Son ellos los que desenmascaran las idolatrías contemporáneas, los egoísmos personales e institucionales, e incluso las actitudes de indiferencia, marginación y olvido del sufrimiento humano. Son ellos los que ofrecen un camino de transformación y cambio, de humanización y universalización de derechos básicos de la persona. Unirse a ellos tiene siempre una dimensión política que trasciende la actividad partidista y muestra lo más bello de la sociabilidad y la capacidad de empatía del ser humano. Pero en la medida en que los pobres despiertan y nos despiertan, suscitan una especie de odio y de rechazo, en muchos de los que viven cómodos en medio de la injusticia y la desigualdad. En países tan marcados por la desigualdad y la violencia, el desenlace martirial puede darse en cualquier momento. Pero es precisamente este testimonio de la fe y del amor, de la causa evangelizadora hasta el final, el que ofrece posibilidades de redención a nuestros pueblos. Solo el derroche de generosidad de los mártires, unido a esa sobreabundancia de la gracia (Rom 5,20), puede triunfar sobre el pecado enraizado en muchas de nuestras estructuras y actitudes sociales. Rutilio y sus dos compañeros, Mons. Romero y tantos otros que ofrendaron sus vidas en defensa de los más humildes, pidiendo simultáneamente el perdón para sus asesinos, muestran lo más íntimo y profundo del camino cristiano. La beatificación de este último, y la apertura del mismo proceso en el caso de Rutilio, son la confirmación de un camino y de una esperanza.

4. La permanencia del mártir

Incluso en los tiempos más duros de la represión y de la guerra, Rutilio continuó en el recuerdo de las gentes. Era difícil llegar a El Paisnal, por ser zona activa de conflicto, pero mucha gente hacía el esfuerzo de llegar a visitar las tumbas de los tres cristianos, que juntos reposan frente al altar. En el décimo aniversario de su muerte, una peregrinación de cincuenta jesuitas rumbo a la iglesia donde están enterrados fue sometida a cacheo, registro e identificación cuando bajaba de los autobuses. Con la llegada de la paz, el clero diocesano tomó en sus manos el recuerdo de Rutilio y comenzó a organizar romerías en los aniversarios, que caminan de Aguilares a El Paisnal (unos cuatro kilómetros), con una pausa y reflexión, muchas veces ecuménica, enfrente de las tres cruces, que marcan el lugar del asesinato. La propia vicaría foránea, que reúne a casi diez parroquias rurales de la zona, se llama vicaría Rutilio Grande. Unos meses después de su muerte, Mons. Romero no dudaba en decir: “El hecho es que cuando quisieron apagar la voz del P. Grande para que los curas tuvieran miedo

y no siguieran hablando, han despertado el sentido profético de nuestra Iglesia”¹¹. Como los mártires antiguos, que “iban intrépidamente a la muerte”¹², Rutilio sigue animando a la “parresia” y continúa esa labor de semilla que la tradición ha atribuido siempre a quienes dan la vida por la fe y por el prójimo.

Hoy, cuando la Iglesia universal reconoce a Monseñor Romero como mártir y cuando la Iglesia diocesana inicia el proceso de beatificación de Rutilio Grande y sus dos compañeros, podemos repetir lo que decía san Juan Crisóstomo sobre los mártires:

En efecto, la prueba realmente más fuerte de la resurrección de Cristo es que, habiendo sufrido muerte violenta, muestra tanto poder después de ella, que persuade a los hombres vivos a [...] preferir a los placeres presentes los azotes, los peligros y la misma muerte. Esto no puede ser la hazaña de un muerto que yace tendido en el sepulcro, sino obra de quien resucitó y vive¹³.

Casi dos mil años después, la vida de Rutilio sigue testimoniando la vida del Resucitado.

11. Homilía del 9 de octubre de 1977.

12. San Justino, *Apología II*, 12, 1.

13. San Juan Crisóstomo, Panegírico en honor a san Ignacio de Antioquía.